

Pero la Providencia debia inclinar su balanza en favor de la verdad y de la justicia.

Cuando más crítica era la situacion, cuando la desesperacion empezaba á apoderarse de todos los ánimos, llegó al puerto de Santo Domingo Pedro Hernandez Coronel con los dos buques que salieron ántes que Colon del puerto de Cádiz.

El adelantado tuvo noticia de su llegada, corrió á Santo Domingo, y su corazon se ensanchó al ver que en los buques llegaban víveres abundantes, municiones y un refuerzo de tropas suficientes para contrarrestar los planes de los insurrectos.

Al mismo tiempo recibió cartas de su hermano noticiándole la causa de sus dilaciones, su próxima llegada y la proteccion que le dispensaban los reyes.

Estas noticias se pregonaron en las dos colonias, se transmitieron á todos los fuertes, y la indecisa fidelidad de los soldados se afianzó.

Los insurrectos se desanimaron un tanto.

Pero no podian volverse atrás, y continuaron por la fatal pendiente á donde su ambicion les llevaba.

## CAPITULO LXVII.

Pedro Coronel.



VIÓ la situacion de la colonia, como hemos dicho ántes, la llegada de Pedro Hernandez Coronel.

Los reyes habian confirmado el nombramiento hecho por Colon en su hermano de adelantado mayor, y esto fué causa de que los españoles se apresuraran á obedecerle con mayor motivo que ántes, por desempeñar aquel puesto, no ya por voluntad de Colon, sino por la de los reyes.

Pedro Coronel refirió á todos el gran favor de que disfrutaba en la corte el almirante, y los preparativos que se hacian para proporcionarle una gran escuadra, con la que continuaria sus exploraciones, al mismo tiempo que reforzaba la guarnicion de la isla de Haiti y regularizaba la importacion de víveres.

Estas noticias llegaron tambien á oídos de Roldan, y su desesperacion fué inmensa, porque no dudaba que en cuanto los que le acompañaban se informasen de la próxima llegada de Colon con tropas y víveres, y lo que era más aún, con el favor de los soberanos, le abandonarían desde luego para obtener el perdon y disfrutar de las ventajas que les aguardaban.

Para evitar que esto sucediera proyectó desde luego cortar toda comunicacion entre las tropas leales y las suyas y activó las negociaciones que habia entablado con Mayabonex, para que aquel, despues de destruir la fortaleza de la Con-

cepcion, recuperase el dominio que habia perdido sobre la Vega Real.

A pesar de conocer sus intenciones, y de saber que contaba con los indios, no tuvo inconveniente el adelantado en abandonar la fortaleza para trasladarse á Santo Domingo.

Pero destinó tropas á los desfiladeros para impedir que se acercase Roldan.

Comprendiendo asimismo cuán importante era para la prosperidad de la colonia, la pacificacion completa, resolvió, al mismo tiempo que mandó proclamar la confirmacion de su nombramiento, conceder amnistia de todos los delitos, con la expresa condicion de que los rebeldes se presentaran inmediatamente á prestar juramento de fidelidad y sumision.

Hallábase por entónces Roldan con los suyos á más de cinco leguas de Santo Domingo, y Bartolomé envió á Pedro Hernandez Coronel, á quien el rey habia nombrado alguacil mayor de la isla, para que conferenciase con el jefe de los insurrectos, le anunciase sus intenciones de perdonarlos, y lograr por aquel medio contener la insurreccion, más formidable todavía, de los indios, que empezaba á marcarse demasiado para que no temiera Bartolomé sus consecuencias.

Nadie mejor que Pedro Coronel, que habia presenciado las buenas disposiciones de los reyes en favor de Colon, podia convencer á los rebeldes de lo inútil de sus esfuerzos.

Animado de los mejores deseos partió el emisario del adelantado, y Roldan supo su próxima llegada por uno de sus espías.

No le convenia de ningun modo que sus gentes oyesen á Pedro Coronel.

Escogió, pues, diez hombres de los más adictos á su persona, y con ellos fué al encuentro del emisario y le detuvo.

La historia ha conservado las palabras que pronunció entónces el jefe de los insurrectos.

—¡Alto, traidor! dijo. Si hubierais llegado ocho días después, todos hubiéramos sido unos.

En efecto; no ocho días, dos que hubiera tardado, hubieran dado lugar al infame Roldan para conseguir sus intentos.

Pero Coronel, sin temor á la amenaza de los rebeldes, les comunicó las órdenes que llevaba y les ofreció el perdon.

—Vuestras promesas no me seducen, dijo Roldan; conozco lo bastante al adelantado para estar convencido de que apenas me encuentre en su poder me quitará la vida. No, no me someteré nunca á él. Si me he rebelado no ha sido contra los reyes, no ha sido contra el almirante, sino contra la tiranía de su hermano. Cuando llegue nuestro verdadero jefe iremos todos á rendir nuestras armas ante él, y mientras gobierné el adelantado, preferiremos perecer á entregarnos.

Volvióse Coronel á Santo Domingo, y participó la resolucion de los rebeldes.

Bartolomé no pudo hacer más de lo que habia hecho.

Los declaró solemnemente traidores y dispuso que fueran perseguidos.

Algunos de los insurrectos se acogieron á la amnistia.

Roldan, que vió mermar sus filas, reanimó en sus soldados la esperanza de conquistar el departamento del Xaragua, asegurándoles que aquel acto les alcanzaria el perdon del almirante, y para entretener á los que salian en su persecucion, incitó á los indios, y especialmente á Mayabonex, que habia abandonado su retiro para volver á la Vega á reconquistar sus Estados, á que se apoderasen de la fortaleza de la Concepcion, y peleasen con los españoles mientras él avanzaba al departamento del Xaragua.

Los caciques, de acuerdo con Mayabonex, en la seguridad de que Guaorocaya, que no estaba conforme con la conducta que observaba Anacaona, les ofreceria asilo en sus monta-

ñas en caso de salir derrotados, se coligaron para tomar por sorpresa el fuerte de la Concepcion.

Conviniéron en atacar por distintos lados.

Para no infundir sospechas acordaron formar varias divisiones y permanecer separados unos de otros hasta el momento decisivo.

Mayabonex les dijo:

— La primera noche que alumbre la luna de lleno, caeremos todos sobre la fortaleza.

Dispuestos á llevar á cabo su plan, esperaron á que el astro de la noche se manifestase en toda su plenitud.

Pero uno de los caciques se adelantó, y creyendo que los demás atacarían la fortaleza al mismo tiempo que él, dió el golpe.

Los soldados de la fortaleza le rechazaron.

El cacique huyó con los suyos hasta donde se hallaba Mayabonex.

La desesperacion de este caudillo por ver malogrados sus planes fué tanta, que mandó dar la muerte al torpe guerrero que habia destruido sus esperanzas.

La noticia de aquel ataque llegó al adelantado, el cual, con fuerzas numerosas, salió á la Vega dispuesto á sofocar la insurreccion india.

Mayabonex vió malogrados sus esfuerzos y corrió á refugiarse con los suyos en las montañas del Ciguay, en donde no habian podido penetrar hasta entónces los españoles.

Bartolomé comprendió que para evitar en lo sucesivo insurrecciones de aquella especie necesitaba perseguir á los indios hasta en sus mismas madrigueras, y en tanto que Rodan avanzaba con los suyos hácia la provincia de Xaragua, el adelantado, al frente de sus tropas, se encaminó al Ciguay, dispuesto á sostener una campaña que asegurase á los españoles la completa dominacion de la isla y cortase de raíz los gérmenes de nuevas rebeliones.

## CAPITULO LXVIII.

### Heroismo.



CUANDO se considera las condiciones de carácter que desplegaron los indios á vista de los europeos en aquellos momentos, en los que se atentaba á su independencia, no puede ménos de lamentarse que naciones gastadas llevaran al seno de aquella vírgen tierra el gérmen de los malos instintos, que por desgracia corroian como en un gusano su corazon.

Mayabonex, despues de su segunda tentativa para desalojar de la Vega á los españoles, se refugió de nuevo en el Ciguay, en donde á la sazón mandaba Guaorocaya.

— Arrojado de mis dominios, le dijo, vengo á implorar tu protección.

— Cuenta con ella, contestó el cacique. Yo te empeño mi palabra en defenderte con mis vasallos y con mi propio pecho; para llegar á tí tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

Aquel solemne juramento debia dar lugar á una encarnizada lucha que pusiese en evidencia la lealtad, la nobleza, la generosidad, en una palabra, las virtudes de Guaorocaya.

Coligado Mayabonex y los suyos con Guaorocaya, hizo el primero algunas excursiones á la llanura con el objeto de sorprender y destruir á los enemigos que en escaso número recorrían la Vega, ó iban de un fuerte á otro llevando noticias ó provisiones.

Cuando no conseguían matar á alguno, destruían los campos, inutilizaban las cosechas y combatían por todos los medios á los extranjeros.

Estas tropelías impulsaron á Bartolomé á poner coto á ellas.

Las contemplaciones eran inútiles.

Necesitaba tomar medidas enérgicas para escarmentar á aquellos indios aventureros, y en la primavera de 1488 formó una division de noventa hombres, veinte caballos y una gran parte de indios, á los que eximió del tributo cuando le sirvieran como soldados, y abandonó la Vega para penetrar en las escabrosas montañas del Ciguay y castigar á los indios rebeldes.

Atravesó un desfiladero, no sin trabajo, porque los innumerables árboles y las ásperas peñas impedían el paso á sus soldados, y despues de emplear en esta operacion algunos dias, bajó á un espeso y pintoresco valle, sumamente abrigado por las montañas que se adelantaban á perderse en el mar.

Numerosos espías indios observaban sus movimientos, ocultos detrás de los troncos de los árboles ó de las quebraduras del terreno.

Un caudaloso rio contuvo la marcha de los españoles.

Necesitaron vadearle, y al acercarse Bartolomé á un paraje para ver si por allí podían vencer la dificultad, se levantaron á corta distancia dos indios que estaban escondidos detrás de unos matorrales, y acto continuo dió Bartolomé la orden de aprisionarlos.

Uno de ellos se arrojó al agua y pudo salvarse á nado.

El otro cayó en poder de los españoles.

—¿Qué haciais ahí, miserables? le dijo Bartolomé cuando llegaron á su presencia.

—Perdon, señor, exclamó el indio, me habia escondido para

que pasarais sin verme, porque dicen que matais á los indios que hallais á vuestro paso.

—Mientes, exclamó Bartolomé; tú eres un espia, y vas á morir á mis manos si no confiesas la verdad.

—Perdon, perdon, exclamó el indio cayendo de hinojos.

—Si confiesas la verdad te perdono la vida y te llevaré á mi servicio; pero si me engañas perecerás á mis manos.

—Pues bien, yo os diré la verdad.

—Habla.

—En efecto; espiaaba aquí vuestra llegada.

—¿Por orden de quién?

—Por orden de mi amo.

—¿Quién es tu amo?

—El rey Guaorocaya; él es el que gobierna el departamento del Ciguay.

—Es un traidor, puesto que ha amparado y defendido á uno de mis mayores enemigos. Todos los indios de esta provincia perecerán. Solo tu vida será respetada si me dices dónde está el rey y los soldados que sin duda, enterados de nuestra venida, nos esperan para atacarnos.

—Es cierto. ¿Veis, añadió el indio, aquel bosque que empieza en la opuesta orilla del rio?

—Sí.

—Pues detrás de los árboles hay más de seis mil indios armados con arcos y flechas, que aguardan á que paseis el rio para salir á vuestro encuentro.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Os lo juro por el nombre de Vagoniana.

—De todos modos, te quedas en mi poder hasta que me cerciore de la verdad. Si no me has engañado, el premio no te faltará. Pero si me tiendes un lazo, sufrirás la misma suerte que tus hermanos.

La alegría que se dibujó en el rostro del indio hizo creer á Bartolomé que no le engañaba.

—Ahora, le dijo, es necesario que nos indiques cuál es el mejor paraje para vadear el rio en breve tiempo.

El indio obedeció la orden del adelantado, y éste pudo vencer con su ejército aquel obstáculo que se oponía á su marcha.

Pero cuando estaba en medio del rio con sus tropas, salieron millares de indios de la opuesta orilla y dispararon sus flechas sobre los españoles, volviendo á guarecerse detrás de los árboles al mismo tiempo que llenaban el aire con su infernal gritería.

A pesar de los escudos y petos, algunas flechas hirieron á los españoles.

Pero irritados por aquella emboscada avanzaron hacia la orilla, y en el momento en que iban á hacer su segunda salida los indios, dispararon sobre ellos sus arcabuces, y los caballos y los perros corrieron detrás de ellos con tal ímpetu, que más de una tercera parte de los contendientes quedó en el campo.

Todos ellos eran ciguayos y los mandaba Umatex, el célebre y taimado capitán de Caonabo, que después de la prision de su jefe había jurado obediencia y fidelidad á Guaorocaya.

Todos ellos eran atléticos, aguerridos, y para imponer más al enemigo habían pintado su rostro y su cuerpo de tal manera, que parecían espectros; y á pesar de su superioridad hubieran huido de su vista los españoles amedrentados, á no tener noticia de que los indios al pelear, con el objeto de asustar el enemigo, se pintaban de aquel modo, guardando debajo de la pintura un corazón pusilánime que se doblegaba y sucumbía más todavía á la influencia moral que á la fuerza física de sus adversarios.

Los españoles tuvieron que renunciar á perseguirlos, ó por lo ménos á alcanzarlos, porque concedores del terreno, se diseminaron, ocultándose entre las selvas y las rocas.

Bartolomé quedó dueño del campo, y recordando entonces como siempre las instrucciones del almirante, quiso intentar un acto de conciliación.

Entre los prisioneros que quedaron en su poder, había uno al parecer más importante que los otros.

Era un cacique.

Acompañado de otros indios de los que formaban parte de su ejército, le envió á Guaorocaya con la misión de anunciarle que no había ido allí á combatir con él, sino á apoderarse de Mayabonex, su enemigo, razón por la cual, si él se entregaba, cesarian las hostilidades.

Advirtióle también que una tentativa por su parte sería suficiente motivo para que entrara á sangre y fuego en sus Estados.

Los dos negociadores cumplieron su misión, y Guaorocaya, que los recibió con la mayor solemnidad:

—Decid á los españoles, contestó, que sus maldades, su tiranía, su crueldad, no merecen consideración de ningún género. Han usurpado territorios que nos pertenecen, han derramado sangre inocente y yo no quiero su amistad. Mayabonex es un caudillo valeroso. Le he ofrecido amistad y protección, se ha refugiado en mis dominios, he jurado que antes de acercarse á él tendrán nuestros enemigos que pasar por mi cadáver, y por nada del mundo faltaré á mi palabra.

Gran simpatía inspiró al adelantado aquella vigorosa respuesta del soberano del Ciguay.

Pero aun cuando admirase las relevantes pruebas de Guaorocaya, antes que su admiración estaba el deber, la imprescindible necesidad de dar un ejemplar castigo á los indios re-

beldes que habian destruido la obra del almirante, que no pagaban el tributo.

La creencia de que no adelantaria nada con amistosas negociaciones le resolvió à cumplir á su vez la amenaza que habia hecho el cacique, y avanzando con sus tropas hasta la ciudad en donde tenia su palacio, incendió á su paso las aldeas, destruyó de la misma manera los campestres edificios de la ciudad, que abandonaron los ciguayos al acercarse los españoles, y desde aquel monton de ruinas envió mensajeros à Guaorocaya para decirle que si inmediatamente no le entregaba á Mayabonex asolaria todo el territorio, incendiaria los bosques y concluiria con todos sus habitantes.

Tantas contrariedades doblegaron la entereza de los ciguayos y exigieron á Guaorocaya, con súplicas y con amenazas, que desistiese de su propósito y que salvase sus dominios entregando á su protegido.

—He jurado, añadió éste, que nadie se acercará á él, á no ser pasando por encima de mi cadáver. Si tan cobardes sois, si estais resueltos á cambiar por una muerte heroica una esclavitud vergonzosa, olvidando los juramentos de fidelidad que me habeis hecho, disparad vuestras flechas sobre mi pecho, atravesadle con ellas y entregad entónces á Mayabonex. Estas palabras engrandecieron al caudillo á los ojos de sus vasallos.

—Hágase tu voluntad, dijeron; sucumbamos si es preciso.

— Más quiero que se diga en el mundo que Mayabonex murió á manos de sus adversarios, que no que haya quien pueda motejarme por haber hecho traicion á mis amigos.

Mayabonex quiso á su vez evitar el conflicto entregándose á los españoles.

Su protector se lo impidió, y dejó sin respuesta las nuevas intimaciones del adelantado.

## CAPITULO LXIX.

### Desastres de la guerra.

**G**UAOROCAYA estaba resuelto á perecer ántes que cometer una felonía con su huésped.

Quiso, por lo tanto, cortar toda clase de relaciones con el adelantado, y para evitar que en lo sucesivo se acercasen á su persona emisarios de los españoles con nuevas proposiciones, apostó en los caminos partidas de ciguayos con órden expresa de dar muerte á cualquiera que se acercase á sus dominios, aun cuando fuese con el carácter de enviado de los extranjeros.

El cacique manifestaba una entereza, una energía, que contrastaba con la docilidad de Guacanajari.

Al mismo tiempo se distinguia de la ferocidad de Caonabo, porque no luchaban en él los malos instintos, sino el amor á la patria, el deseo de defender su independenciam, la esperanza de la aureola del martirio.

Sus órdenes no tardaron en ser obedecidas.

El adelantado, queriendo á toda costa poner término á aquella situacion difícil, envió al Ciguay prisionero á un indio de los aliados á hacer nuevas proposiciones á Guaorocaya.

Con el objeto de no perder tiempo, lo siguió con su tropa á cierta distancia, pero no pudo evitar su muerte.

Apénas llegaron á la selva y comenzaron á internarse en ella para encaminarse al cuartel general del cacique, salieron á su encuentro las avanzadas que tenia en el camino y <sup>ellos</sup> preguntaron cuál era el objeto de su viaje.

—Vamos á ver á Guaorocaya, contestaron, en nombre del jefe de los españoles.

—Pues volveos atrás, porque ha dado orden terminante de que no se acerque nadie á él con mision alguna de los españoles.

—No tenemos más remedio que cumplir las órdenes que hemos recibido.

—En ese caso, cumpliremos nosotros las vuestras.

Y tomaron una actitud amenazadora para impedirles el paso.

Pero los emisarios, que sabian que á muy corta distancia iba el adelantado con las tropas, comprendieron que si huian no podrian librarse del castigo; y entre el castigo, que significaba una muerte afrentosa, y la lid, que significaba una muerte heroica, el cumplimiento del deber, optaron por lo último.

Los dos emisarios perecieron atravesados por las flechas de sus hermanos, y cuando Bartolomé los encontró en tierra, renunciando á la benevolencia que hasta entónces habia constituido la parte esencial de su política, acordó combatir sin cuartel á aquella raza terca é indomable, que atribuia á debilidad los buenos sentimientos que le animaban.

Exhortó á sus soldados á pelear con denuedo, y avanzando con ellos hasta el paraje en donde se hallaba Guaorocaya con el grueso del ejército, produjo la desercion de la mayor parte de los indios.

Guaorocaya se veia abandonado por sus filas, y para no morir de una manera ignominiosa á manos de los españoles, corrió á refugiarse con los que aún estaban á su lado en las montañas.

Desesperados los ciguayos al ver que Mayabonex era la única causa de las persecuciones que sufrían, porque hasta en sus intimas los españoles habian respetado sus dominios y su li-

bertad, resolvieron buscarle y hacerle pagar con la muerte los desastres que habia producido, ó entregarle á los españoles para aplacar su ira.

Mayabonex habia huido, y vagaba solitario y con el corazon herido de muerte por las apartadas sierras que ofrecian á su defensa baluartes naturales.

El miedo es el enemigo más poderoso de los ejércitos.

Si no hubiera luchado al lado de los españoles, nada más fácil para los indios que vencer á aquel puñado de hombres, á quienes combatian las enfermedades, el hambre, los trabajos y el desaliento.

Pero al verlos avanzar en sus briosos corceles, cubierto el pecho con el brillante peto y la cabeza con el luciente casco, en donde, reflejándose los rayos del sol, hacian parecer a los jinetes y á los caballos como mónstruos de fuego; al ver detrás de los jinetes á los soldados con sus armas, que lanzaban el rayo y el exterminio, no pensaban que, siendo infinitamente superior en número, podian á poca costa destruirlos.

Incapaces los indios de comprender la fuerza de la colectividad, media cada cual sus ánimos con los de todos los guerreros, y era natural que el pánico se apoderase de su alma despues de aquella comparacion tan desventajosa para ellos.

Unos y otros se trasmitian el miedo y huian despavoridos, entregando sus hogares á los extranjeros, arrojando su independencia á los piés de sus caballos para que la destrozasen, y con sus gérmenes formasen el dogal de su esclavitud.

Y sin embargo, despues de vencer á los indios, despues de verlos correr despavoridos á refugiarse en sus madrigueras, quedábale al adelantado una nueva campaña que sostener, una nueva victoria que ganar.

El hambre aterrorizaba á los españoles.

Al huir los indios habian dejado sus hogares desiertos, sus

campos asolados, y no tenían los extranjeros para satisfacer sus necesidades más víveres que el pan de cazabe, las raíces y las yerbas que los indios aliados les proporcionaban, y las hutias que los perros de presa cogían para repartirlas con sus dueños.

Más de tres meses duró aquella campaña.

Toda la paciencia, todo el patriotismo, todo el sentimiento del deber, toda la lealtad debían agotarse en aquella prueba terrible y angustiosa.

Muchos de los que acompañaban al adelantado, establecidos en la Vega, habían formado granjas ó heredades, que cultivaban, y por acompañarle habían tenido que abandonar sus haciendas.

Casi todos suplicaron á Bartolomé que renunciase á la conquista del Ciguay, ó cuando ménos les permitiese volver á consagrarse á las faenas agrícolas, que al ménos les ofrecían frutos para satisfacer sus necesidades.

No era el adelantado hombre capaz de cejar en su empeño.

Había resuelto avasallar á los ciguayos, y no quería volver á Santo Domingo sin haber conseguido sus deseos.

Pero al mismo tiempo comprendía las razones que alegaban sus soldados, y concedió permiso á muchos de ellos para que regresasen á sus hogares.

Sólo treinta hombres quedaron á su lado.

Con ellos acordó registrar las cavernas y las montañas.

En este viaje de exploracion halló todas las ciudades y aldeas completamente desiertas.

Al cabo de algunos dias de inútiles investigaciones, unos cuantos soldados que cazaban hutias encontraron á dos indios que, segun les dijeron, iban á buscar pan de cazabe al departamento de Xaragua.

Aprisionáronlos y llevándoles á la presencia del adelantado,

con dádivas y con amenazas logró éste que le descubrieran el paraje en donde se habían refugiado Guaorocaya y Mayabonex.

Hasta encontrarlos y hacerlos prisioneros, estaban seguros los españoles de que no abandonaría el adelantado aquella comarca.

Para salir cuanto ántes de ella resolvieron doce de los más audaces apoderarse del cacique y de su huésped.

Uno de ellos, llamado Rodrigo de Alvareda, dijo al adelantado:

—Si me lo permitís, iré con unos cuantos camaradas á apoderarme de Guaorocaya y de Mayabonex.

—Arriesgada es la empresa; más vale que vayamos todos juntos.

—He concebido un plan, que me parece que debe darme buenos resultados. Dejadme en libertad de obrar, y yo os prometo volver en breve con los caciques.

—Id en buen hora, dijo el adelantado.

Rodrigo y sus doce camaradas se desprendieron de sus vestiduras, se pintaron el cuerpo como los indios, ocultaron sus espadas con hojas de palma, y obligaron á los indios á quienes habían sorprendido á que los llevaran hasta la guarida de su rey.

Aun cuando tenía espías Guaorocaya, no se alarmaron éstos al ver á los falsos indios.

Les dejaron llegar y el mismo rey salió á su encuentro para ver qué querían.

Pero los españoles arrojando la máscara, separando las hojas de palma de sus espadas, y blandiéndolas con energía, pusieron en precipitada fuga á los únicos defensores del cacique, se apoderaron de él, le maniataron, lo mismo que á sus mujeres y á sus hijos, y los llevaron al paraje donde les aguardaba el adelantado.



—En tu poder me tienes, exclamó Guaorocaya; pero no has podido vencerme en buena lid. Sólo la traicion te ha dado el triunfo; no eres digno de envidia; mientras yo levanto mi frente, tú tienes que bajarla: eres más astuto, pero no más valiente que yo.

Preso Guaorocaya, podia considerarse Bartolomé en posesion del Ciguay, y resolvió renunciar á prender á Mayabonex por entónces, para regresar al fuerte de la Concepcion.

En aquellas circunstancias tuvieron los españoles ocasion de admirar las grandes virtudes de una mujer india.

La hermana de Guaorocaya estaba unida con un cacique de las montañas, en donde todavía na habian podido penetrar los españoles.

Al saber el peligro que corria su hermano, dominada por el inmenso amor que le profesaba, corrió á su encuentro y abandonó la seguridad de los Estados de su esposo, para partir con él los peligros y los azares de la persecucion de que era objeto.

Cuando cayó en poder de sus enemigos solo la dominó una pena: la de que su hermano habia perdido la libertad.

Tanto por su hermosura como por su energía llamó la atencion del adelantado, y cuando el esposo de aquella mujer heroica fué hasta la concepcion á verle para implorar su libertad, ofreciéndole en cambio someterse al dominio de los españoles, Bartolomé aceptó aquel pacto y puso en libertad, no solo á la hermana de Guaorocaya, sino á todas las mujeres de éste y á sus hijos, conservando solo al soberano, si bien tratándole con todas las consideraciones que su infortunio y su grandeza merecian.

Este comportamiento convenció á los ciguayos de que les convenia ser aliados de los españoles, y se presentaron en el fuerte de la Concepcion cargados de regalos, y ofreciéndose

á pagar toda clase de tributos con tal de que dejase en libertad á Guaorocaya.

Bartolomé les ofreció tratarle con toda clase de consideraciones.

Pero no accedió á sus ruegos, porque entónces, que habia tenido ocasion Guaorocaya para conocer la insignificancia de sus fuerzas, podia envalentonarse y destruir la conquista, que tan trabajosamente habia hecho.

En tanto Mayabonex, considerándose como la única causa de la esclavitud del Ciguay, sufría horriblemente, viviendo aislado en medio de las asperezas de las montañas, y luchando noche y dia entre acabar con su vida, ó hacer un desesperado esfuerzo para libertad á Guaorocaya y devolverle el territorio que por su causa habia perdido.

Los ciguayos le consideraban como la única causa de su perdicion, y le dejaban abandonado en su retiro, bajando los ojos ó mirándole con desprecio cuando pasaban á su lado.

Deseosos de vengarse de él, indicaron á Bartolomé su retiro, y con este motivo dispuso el adelantado que un destacamento fuese á buscarle.

Los soldados á quienes encomendó esta mision se ocultaron entre las rocas que abrian paso á su guarida, y despues de dos dias de exploracion, le sorprendieron cuando salia de su madriguera para buscar alimentos con que satisfacer el hambre que le devoraba.

Cargáronle de cadenas y le enviaron á la Concepcion.

El infeliz creia caminar al suplicio.

Despues de todo lo que habia pasado, no tenía más esperanza que la muerte.

Pero le esperaba el magnánimo corazon de Bartolomé.

Apaciguada la Vega, conquistado el Ciguay, extendido el poderío de los españoles por casi todo el territorio de la isla,

y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida, le dijo; pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colon.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz. Únicamente podían preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldan habian llegado al departamento de Xaragua.

Pero ántes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, despues de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldan.

## CAPITULO LXX.

### Un hombre vil.

**R**OLDAN se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna órden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldan acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasion.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abria la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y ésta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasmó á los secuaces de Roldan, que veian en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.